

Rolando Álvarez Vallejos.

Hijas e hijos de la Rebelión. Una historia política y social del Partido Comunista de Chile en postdictadura (1990-2000).

Santiago, Lom ediciones, 2019, 387 págs.

En su tercer libro sobre el Partido Comunista de Chile (PC), Rolando Álvarez analiza el recorrido político del PC y su vinculación con los movimientos sociales durante la década de 1990. Este análisis lo realiza a partir de una consolidada propuesta historiográfica sobre este centenario actor político, la que desborda la incumbencia del comunismo criollo, pasando a representar un aporte historiográfico con alcances mayores. Para esto, se recogen diversos aportes desde la historia social, la historia cultural y la ciencia política, donde la experiencia de los militantes es lo que se pone en el centro. De esta manera, el autor consolida una renovadora historia política, la que había sido esbozada con anterioridad, principalmente en su obra prima *Desde las sombras*. Para esto se articula un recorrido cronológico del partido en la década 1990-2000 con

el análisis de sus relaciones con el movimiento sindical.

La primera parte del libro analiza cronológicamente el recorrido del PC durante estos años, centrado en sus resultados electorales y en la impronta conformada en torno a sus candidaturas, siendo la de Gladys Marín a la presidencia en 1999 la que despertó una mayor expectativa y fortaleció aspectos culturales de la militancia, aun cuando se enfrentó a los mismos reveses de las anteriores gestas electorales. En este sentido, los aspectos culturales son abordados en esta historia política renovada desde la trayectoria política del PC y el imaginario de sus militantes, pero no desde una historia cultural propiamente dicha.

El texto se posiciona claramente en una vereda diversa a la trazada por una parte considerable de la ciencia política y, de alguna forma,

también de las ciencias sociales y humanidades, desde donde se había considerado al PC como un partido reacio a abandonar la ortodoxia marxista-leninista con el objetivo de sostener su nicho de militantes, pero al precio de abandonar la vinculación con el conjunto de la sociedad, entre esta, los movimientos sociales. Estas habrían sido las causas de la marginalidad política y su pérdida de influencia en comparación a décadas previas. Frente a esto, Álvarez da cuenta en la segunda parte del libro, cómo precisamente el PC se refugió en uno de los actores sociales más clásicos, el sindicalismo, pero lo hizo con un matiz, el de afincarse en asalariados públicos del sector servicios: profesores y trabajadores de la salud, y no únicamente desde el mundo obrero tradicional. La importancia adquirida por los dirigentes comunistas de estos gremios llevó a una tensión (aún) no resuelta por el PC y otras fuerzas de izquierda: cómo combinar la autonomía relativa de los dirigentes con sus responsabilidades partidarias. El escalamiento de esta tensión produjo que numerosos y destacados dirigentes sindicales se distanciaran del partido, a pesar de haber sido voceros no solo sindicales, sino que en numerosas ocasiones también de “la voz” oficial del partido. Esto daba cuenta de un intento de renovación, pero sosteniendo la matriz tradicional de la experiencia militante, lo que

pone en tela de juicio las miradas sobre la militancia del PC como mero seguidismo dogmático, las que habían sido difundidas por adversarios políticos y exmilitantes distanciados a fines de la década anterior.

Para Álvarez, el momento fundacional del PC chileno fue vital en la persistencia de la cosmovisión de los militantes de fines de siglo, aunque dicho rescate de los orígenes fue de la mano con la valoración de otros momentos históricos. En ese sentido, es fundamental la categoría de imaginario político que se utiliza para explicar cómo los comunistas chilenos afrontaron la década de 1990. Dichos imaginarios representaron una síntesis combinada entre aspectos subjetivos y materiales, los que permitieron adaptar, no sin contradicciones, las líneas gruesas de la subjetividad previa a la “nueva” realidad que se enfrentó en los primeros gobiernos postdictatoriales. Esos valores y visiones fueron dando vida a una cultura política que permitió a una parte mayoritaria de la militancia, no a toda, resistir la caída de sus principales íconos referenciales, como fueron los “socialismos reales”.

Junto al derrumbe de esos referentes, el PC debió enfrentar el inicio de la década sosteniendo una crisis interna que llevó a numerosos militantes, con posiciones diversas, a alejarse del partido. Si estos distanciamientos fueron

heterogéneos, compartieron la idea de adoptar un rechazo más medido hacia la Concertación. Ese punto común no fue suficiente para evitar la diáspora de esta disidencia comunista y su incapacidad de crear nuevas organizaciones políticas, no así para seguir siendo parte de los movimientos sociales. Como contraparte, el PC apuntó a la articulación de un referente político amplio de izquierda, crítico de la Concertación, teniendo como eje el intento por vencer el sistema binominal electoral, aunque en otras temáticas, como en la lucha contra la prisión política, los acercó a corrientes mucho más rupturistas.

Los aspectos de continuidad le permitieron al PC diferenciarse del oficialismo, levantando las banderas de la izquierda en contraposición a quienes se habían hecho parte del continuismo dictatorial. De esta forma, si bien el PC adoptó cambios, mantuvo un discurso crítico, donde preservar la identidad política de izquierda se presentó como una herramienta para asegurar la existencia de la organización, en un contexto altamente adverso. Esa identidad estaba sostenida sobre el discurso fundacional, pero también reforzada por las gestas épicas de la Unidad Popular y la lucha antidictatorial, donde Gladys Marín representó la figura medular de dicho imaginario. Además de esto, persistieron las características leninistas organizativas, pero no las

tesis de Lenin sobre la toma del poder. En cambio, hubo modificaciones importantes en la forma de abordar las discusiones internas, las que ya no fueron necesariamente ocultadas, sino que existieron reconocimientos públicos de las diferencias, apelando siempre a adoptar posiciones unitarias.

La condición de marginalidad en que quedó el PC desde 1989 lo llevó a intentar subsistir y ser competitivo electoralmente, pero los malos resultados reforzaron el repliegue hacia los movimientos sociales. La relación partidaria-sindical se articuló, en primer lugar, en torno a la denuncia política de los consensos entre la derecha y los gobiernos de la Concertación, desde donde los comunistas condujeron parte importante del descontento de los años 90. Esto aparejado por una cultura política y un imaginario también en renovación, donde se mantenían los íconos fundacionales y aquellos de los tiempos de la rebelión a Pinochet, pero también otros completamente nuevos, como los relativos a las disidencias sexuales. Este pragmatismo creativo permitió que la relación con los movimientos sociales persistiera, pero no pudo ocultar las tensiones y el distanciamiento de numerosos dirigentes. De esta forma, la relación sindical-partidaria se transformó en una destacada variable que alteró el imaginario irradiado por el partido, pero fortaleció el desarrollo de la experiencia militante cotidiana. Estos

aspectos son difíciles de abordar desde una historia política tradicional, más centrada en informes tradicionales, declaraciones de los máximos dirigentes partidarios, etc. En cambio, la historia social del comunismo (como ha sido denominada por historiadores españoles) aquí desarrollada va en búsqueda de la experiencia militante, especialmente en su relación cotidiana con los movimientos sociales, lo que en *Hijas e hijos de la Rebelión* es abordado de forma excelente en los casos de la militancia de base del comunal Santiago y de la militancia cotidiana al interior de las células. En estos casos se develaban las dificultades manifiestas por los dirigentes sociales para militar en la estructura tradicional del partido, prefiriendo una militancia más propia de su activismo social.

Los fracasos electorales obligaron a replantearse esa identidad política, al igual que las conductas y hábitos militantes propios de los años dictatoriales, pero en paralelo las políticas de la Concertación provocaban el endurecimiento de sus críticas y así, ayudaban a sostener el imaginario político antidictatorial. De este modo, la transformación se experimentó entre un pragmatismo renovador y un principismo propio de los 80. Si el primero llevó a plantearse la suscripción de acuerdos instrumentales con la Concertación, el segundo llevó a reforzar la herencia militante de la dictadura,

fundada en la clandestinidad y en un estilo confrontacional, ejemplificada en la figura de Gladys Marín, lo que no impidió también fraccionamientos desde posiciones de izquierda.

En cambio, los resultados electorales contrastaban con los éxitos en el mundo social, cuya crítica al oficialismo y la amplitud hacia la izquierda le habían permitido importantes logros en el ámbito sindical y universitario. Esto propició modificaciones en la cultura política, sintetizada de la mejor manera en la relación de Marín con determinados movimientos sociales y figuras, como fue el caso del escritor Pedro Lemebel. Allí, la líder comunista dio cuenta del sostenimiento de discursos críticos con posiciones más abiertas, lo que caracterizó la mencionada transformación de la cultura política comunista. De esta forma, la identidad se sostuvo a pesar del pragmatismo, reforzado por los fracasos electorales, pues haber sacrificado la crítica al oficialismo ponía en riesgo la identidad militante.

Pero los cambios en el imaginario no se vivieron sin tensiones. La influencia de las teorías movimientistas durante la década de los 90 propició las críticas a los partidos políticos en cuanto tales, lo que reforzó las diferencias con los dirigentes sociales, especialmente con los sindicalistas que poseían liderazgos importantes como Jorge Pavez en los profesores o Humberto

Cabrera en la salud. En el caso del primero, el predominio del mundo social sobre el campo político se fue combinando con una mayor aceptación a establecer vínculos con la Concertación, en una suerte de reedición de la crisis de fines de los años '80. Esto llevó finalmente a Pavez a romper con el PC, arrastrando a una parte importante del magisterio comunista. Esta situación representó una contradicción de primer orden, pues había sido precisamente el PC el que sostuvo las banderas de la autonomía sindical en tiempos donde la relación de los dirigentes con los partidos oficialistas era de total subordinación. Si bien esta crítica se debía a que la carencia de autonomía había bloqueado las posiciones “clasistas” y la movilización social, una vez que militantes comunistas accedían a cargos de conducción, la autonomía sindical perdía fuerza a nivel discursivo. Así, *Hijas e hijos de la rebelión* entrega un tratamiento de las organizaciones sindicales desde la historia política, entendiendo a estas asociaciones como entidades eminentemente sociales, lo que había sido desdeñado por una parte considerable de la historia social chilena, al considerar al sindicalismo como un actor cuasi institucional en comparación a otro tipo de entidades.

Es así como resulta particularmente interesante el estudio del PC

en esta década, pues su marginación política no fue sinónimo de carencia de propuestas políticas. Es más, podría decirse que una parte importante de su acervo reivindicativo de los años '90 se transformó en temáticas políticas a nivel nacional, especialmente desde el ciclo de movilizaciones abierto el año 2006. Ejemplo de esto fue el planteamiento de la contradicción entre democracia v/s neoliberalismo como fundamental del periodo, y no ya en posiciones anticapitalistas, sumada a la demanda por una Asamblea Constituyente o la caracterización de las temáticas educativas como eje de una “ruptura democrática” que pondría en cuestionamiento al modelo neoliberal.

Por todos estos motivos, esta nueva obra de Rolando Álvarez consolida los aportes de la historiografía política en su relación con los movimientos sociales, dejando atrás historias oficiales y de grandes personajes, para dar paso a las militancias y las experiencias, donde se encuentran las bases de toda organización política.

CHRISTIAN MATAMOROS
FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE
CHILE